

VER:

La oración es la expresión más privilegiada de diálogo entre la persona y Dios. A través de ella el ser humano logra encauzar experiencias y sentimientos espontáneos de lamento, súplica, confianza, arrepentimiento, gratitud, alabanza, admiración, profesión de fe... Cuando estos sentimientos y experiencias se convierten en lenguaje llegan a adoptar expresiones poéticas. Y cuando se hacen acompañar de música, se convierten en canción. Todo esto: oración, poesía y canción, es el libro de los Salmos, verdadero culmen de la experiencia religiosa del pueblo de Israel.

Como los Salmos son poesía religiosa, para comprenderlos plenamente hemos de afinar nuestra sensibilidad poética y saber descubrir y valorar los recursos poéticos que los conforman. El vocabulario especial, las distintas formas de paralelismos, los juegos de palabras y, sobre todo, la gran profusión y variedad de imágenes empleadas nos permiten acercarnos a la experiencia original del salmista, a su intención y a la experiencia e intención del pueblo que los hizo suyos.

De esta manera, comprenderemos mejor la dureza de ciertas expresiones o la violencia de ciertos sentimientos que parecen chocar con nuestra cultura actual y nuestros sentimientos cristianos.

Encontramos diferentes tipos de salmos, tanto por su origen, como por el contexto en que surgieron, o por su forma literaria, por su temática... Es importante identificar y conocer el género literario de cada Salmo, pues ello nos permite introducirnos mejor en la historia de cada uno, distinguir sus peculiaridades y captar más plenamente su sentido original.

Lo más importante es que los Salmos se dirigen a Dios, pero también hablan de Dios: de sus atributos y de sus intervenciones, de la experiencia que el salmista tiene de su presencia o de su ausencia. Y también hablan del individuo y del pueblo de Israel en su relación con Dios. Son oraciones apasionadas o serenas, llenas de confianza en el Señor o de impaciencia porque su intervención salvadora parece retrasarse.

En los Salmos a Dios se le habla de tú a tú, con una increíble libertad. En la oración, los israelitas gritan de entusiasmo o gimen de dolor, se recrean en las acciones de Dios y, a veces, casi le exigen una respuesta, o intentan provocar su ira o su venganza contra los enemigos. Y esto no nos debe escandalizar, ni siquiera extrañar: el mismo Dios toleraba e intentaba encauzar los sentimientos, en muchas ocasiones primitivos, de un pueblo que iba madurando lentamente en su fe y en su comprensión de la revelación del Dios de infinito perdón y de amor infinito.

En Cristo esta revelación llega a su plenitud. El mismo Jesús bebió y vivió la espiritualidad de los Salmos y los utilizó en su oración, como buen judío. Y los primeros cristianos se sirvieron de ellos para entender el misterio del Dios hecho hombre y para explicarlo.

Fiel a su Maestro, la Iglesia ha seguido orando con los Salmos: son la Palabra que el mismo Dios nos enseña para que se la dirijamos. Puede que nos resulte difícil conectar en ocasiones con alguno de ellos. Pero, contemplados a la luz de Cristo, siguen siendo un manantial privilegiado de oración para los cristianos.

Cada Salmo es para nosotros como un espejo de nuestras rebeldías, agonías y esperanzas. Los Salmos pueblan nuestro interior de imágenes de bondad, de confianza, de ternura, de misericordia; y de ahí brotan la oración de súplica, el grito de dolor, las preguntas, la alabanza, la adoración.

En cada Salmo se nos muestra un ser humano que habla, que sufre, canta, que nos ayuda a expresar ante Dios lo que llevamos dentro. Los Salmos son capaces de hacernos superar nuestra mudez ante algunas circunstancias de la vida para las que nuestras palabras resultan insuficientes.

Para la reflexión:

- ¿Utilizo los salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Me identifico con su modo de expresarse? ¿Qué expresiones me chocan más?

JUZGAR:

Salmo 24

(Escuchamos el Salmo 24 de la Hna. Glenda) <https://youtu.be/20xoKCZhYL0>

A Ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en Ti confío,
no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos;
pues los que esperan en Ti
no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas;
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque Tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas,
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.

Las sendas del Señor
son misericordia y lealtad
para los que guardan
su alianza y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.

¿Hay alguien que tema al Señor?
Él le enseñará el camino escogido;
su alma vivirá feliz,
su descendencia poseerá la tierra.

El Señor se confía con sus fieles
y les da a conocer su alianza.
Tengo los ojos puestos en el Señor,
porque Él saca mis pies de la red.

Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí,
que estoy solo y afligido.
Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.

Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados;
mira cuántos son mis enemigos,
que me detestan con odio cruel.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado
de haber acudido a Ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en Ti.

Salva, oh Dios, a Israel
de todos sus peligros.

Este Salmo muestra la situación personal de un hombre en oración que se hace eco del dolor y abatimiento del pueblo elegido, que está sufriendo el destierro. Sin embargo, a pesar de que siente el drama colectivo, no sucumbe a la desesperación porque recuerda al Dios que siempre salva.

El pueblo de Israel se ha desmoronado. Su fuerza, su poder y su esplendor han quedado devastados. Ésta es la oración en que yace postrado Israel, de la que se hace eco el salmista. Y nos llama la atención su extrema confianza en Dios.

El salmista proclama que el que confía en Yahvé no será confundido. Él sabe bien por qué Israel ha ido al destierro: en vez de apoyarse en la Palabra que Dios ha ido transmitiendo a su pueblo por medio de los patriarcas y los profetas, el pueblo se ha apoyado en su propia sabiduría, en su particular visión de la realidad, en definitiva, en sí mismo... En definitiva, se ha apartado de Dios y lo ha rechazado. Y aun así, el salmista les invita a volver a Yahvé porque cree firmemente en su misericordia, cree que Dios puede levantar de nuevo al pueblo de sus cenizas.

El salmista destaca que Dios, ante los pecados del hombre, no se comporta como un juez erguido ante el pecador sentado en el banquillo de los acusados. Se comporta más bien como el abogado de quien se sabe siente culpable. Hoy no se sostiene la imagen de un Dios vengativo, que está acechando a quien hace el mal para condenarlo.

Al contrario, todo el Antiguo Testamento nos habla de un Dios que hace Alianza con el ser humano, y que permanece fiel aunque éste reniegue de Él. Dios sufre con el mal que hace el ser humano al pecar, y se compromete con todas sus fuerzas a ayudarlo a salir de esta situación, mediante su perdón.

Este Salmo nos dice que Dios es consciente de las dificultades que tenemos para realizar el bien, y comprende que a menudo pecamos por debilidad. Por eso la Iglesia nos invita a redescubrir el Sacramento de la Reconciliación como algo alegre, bueno, incluso festivo. Dios nos perdona, siempre y cuando tengamos la intención de ir hacia Él... y espera que nosotros hagamos lo mismo con los demás.

Los temas de este salmo, íntimamente relacionados entre sí, son siempre de actualidad para todo verdadero creyente, ya sea por su situación personal o por la de la sociedad de la que forma parte:

- La **fidelidad a la Alianza** y **el perdón** por haber sido infieles a ella. La fidelidad a Dios, la fe, es una sabiduría superior, un modo de vida, un camino de felicidad.
- La **esperanza en Dios**, porque la salvación prometida es Dios mismo.
- **Nuestros sufrimientos.** La Biblia nos enseña a servirnos de ellos como un medio para suplicar. El salmista está rodeado de enemigos vengativos. La imagen de la *red en que está atrapado* evoca las situaciones sin salida en que a veces nos encontramos, y podemos perfectamente repetir esta oración con él.

El salmista nos recuerda que Dios escucha todo anhelo nuestro, si ese anhelo nace cuando reconocemos que hemos pecado. Él guía los pasos de cada persona que se siente en ruinas, es más, Él mismo se hace presente en la más terrible devastación. Por medio de la Encarnación de su Hijo, se ha ofrecido al ser humano como “*piedra angular*” para que pueda edificarse sobre roca firme.

Jesucristo es la *piedra angular* donde la persona no quedará confundida, donde es edificada desde Dios y hacia Dios. Nuestro salmista, inspirado por el Espíritu Santo, ve a lo lejos esta salvación de Dios y nos la anuncia.

Para la reflexión:

- ¿Qué sentimientos, qué pensamientos despierta en mí este Salmo?
- Contrasto la imagen de Dios que transmite este Salmo con la imagen que yo tengo de Él. ¿Qué semejanzas y qué diferencias encuentro? ¿Por qué?
- ¿Vivo desde la conciencia y la certeza de que la ternura y la misericordia del Señor son eternas? ¿Cómo influye esta certeza en mi vida?
- Oro este Salmo sustituyendo la palabra “Señor” por “Jesús”.

ACTUAR:

Este Salmo nos ofrece un cuadro bastante completo de la situación personal y del conflicto social que tiene que afrontar el salmista. Él habla de las propias faltas y pecados de juventud, se considera pecador y, socialmente, pobre entre los pobres.

Reconoce que ha cometido grandes pecados, se siente solo y está afligido, con el corazón angustiado y en medio de tribulaciones, padeciendo trabajos y penas. Sus enemigos son cada vez más numerosos, lo odian e incluso quieren verlo muerto. Por eso suplica al Señor: «*muéstrame*», «*guíame*», «*no te acuerdes*», «*ruévete*», «*guarda mi vida!*», «*líbrame!*»...

Podemos rezar este Salmo en los momentos de súplica; cuando sentimos el peso de nuestros pecados; en las situaciones de clamor por tristeza y soledad; cuando contemplamos la miseria propia o ajena, cuando nuestra vida corre peligro...

Pero teniendo siempre presente que Jesucristo nos salva. Jesucristo nos perdona. Él habló de sí mismo como el “*camino hacia el Padre*”. En este Salmo se habla varias veces de los caminos de Dios, de las sendas de Dios, y se le pide que nos guíe por esos caminos y sendas: En Cristo Dios nos ha ofrecido el camino y el guía para que lo sigamos.

Para la reflexión:

- El salmista reconoce que ha cometido grandes pecados, se siente solo y está afligido, con el corazón angustiado y en medio de tribulaciones, padeciendo trabajos y penas. Sus enemigos son cada vez más numerosos, lo odian e incluso quieren verlo muerto. ¿Con cuál de estas situaciones me identifico en este momento de mi vida? Pongo “nombre y rostro” a esas situaciones.

- En este Salmo se habla varias veces de los caminos de Dios, de las sendas de Dios, ¿le pido a Dios que me guíe por sus caminos y sus sendas? ¿Por qué?
- Elijo un versículo o estrofa del Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 24 de Athenas)<https://youtu.be/YTyIx33mB7g>

Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.
Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque Tú eres mi Dios
y mi Salvador.

Acuérdate, Señor,
de tu compasión y de tu amor,
porque son eternos.
Por tu bondad, Señor,
acuérdate de mí según tu fidelidad.

El Señor es bondadoso y recto:
por eso muestra el camino a los extraviados;
Él guía a los humildes
para que obren rectamente
y enseña su camino a los pobres.

Señor mío y Dios mío,
a Ti dirijo mis ruegos porque en Ti confío.
No me hagas pasar vergüenza;
no permitas que mis enemigos
se burlen de mí.

Dios mío, enséñame a vivir
como Tú siempre has querido.
Tú eres mi Dios y Salvador,
y en Ti siempre confío.

Dios mío, por tu amor y tu bondad
acuérdate de mí.
Recuerda que siempre me has mostrado
tu ternura y gran amor;
Por eso olvídate de los pecados
que cometí cuando era joven.

Dios mío, Tú eres bueno
y siempre actúas con justicia.
Enseñas a los pecadores a hacer lo bueno;
enseñas a los humildes
a hacer lo bueno y lo justo.
Tú siempre actúas con amor y fidelidad.
Dios mío, es muy grande mi maldad;
pero te ruego que me perdes.

Tú, Dios mío, te haces amigo
de aquellos que te honran,
y les das a conocer tu Alianza.

Siempre dirijo a Ti mis ojos,
pues sólo Tú puedes librarme de todo peligro.
Mírame, y tenme compasión,
pues estoy solo y afligido.

Mi corazón se va llenando de angustia;
¡quítame la tristeza!
Toma en cuenta que me encuentro
afligido y con problemas;
¡perdona todos mis pecados!

¡Mira cuántos enemigos tengo!
¡Líbrame de ellos!
¡No me hagas pasar vergüenza!
¡No dejes que me maten,
porque en Ti busco refugio!
Porque en Ti he puesto mi confianza.



VER:

- ¿Utilizo los salmos, o alguna parte de ellos, en mi oración individual? ¿Por qué?
- ¿Me identifico con su modo de expresarse? ¿Qué expresiones me chocan más?

JUZGAR:

Salmo 24

(Escuchamos el Salmo 24 de la Hna. Glenda) <https://youtu.be/20xoKCZhYL0>

A Ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en Ti confío,
no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos;
pues los que esperan en Ti
no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas;
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque Tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas,
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.

Las sendas del Señor
son misericordia y lealtad
para los que guardan
su alianza y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.

¿Hay alguien que tema al Señor?
El le enseñará el camino escogido;
su alma vivirá feliz,
su descendencia poseerá la tierra.

El Señor se confía con sus fieles
y les da a conocer su alianza.
Tengo los ojos puestos en el Señor,
porque Él saca mis pies de la red.

Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí,
que estoy solo y afligido.
Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.

Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados;
mira cuántos son mis enemigos,
que me detestan con odio cruel.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado
de haber acudido a Ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en Ti.

Salva, oh Dios, a Israel
de todos sus peligros.

- ¿Qué sentimientos, qué pensamientos despierta en mí este Salmo?
- Contrasta la imagen de Dios que transmite este Salmo con la imagen que yo tengo de Él. ¿Qué semejanzas y qué diferencias encuentro? ¿Por qué?
- ¿Vivo desde la conciencia y la certeza de que la ternura y la misericordia del Señor son eternas? ¿Cómo influye esta certeza en mi vida?
- Oro este Salmo sustituyendo la palabra “Señor” por “Jesús”.

ACTUAR:

- El salmista reconoce que ha cometido grandes pecados, se siente solo y está afligido, con el corazón angustiado y en medio de tribulaciones, padeciendo trabajos y penas. Sus enemigos son cada vez más numerosos, lo odian e incluso quieren verlo muerto. ¿Con cuál de estas situaciones me identifico en este momento de mi vida? Pongo “nombre y rostro” a esas situaciones.
- En este Salmo se habla varias veces de los caminos de Dios, de las sendas de Dios, ¿le pido a Dios que me guíe por sus caminos y sus sendas? ¿Por qué?
- Elijo un versículo o estrofa del Salmo para repetirlo en oración confiada.

CON OTRAS PALABRAS...

(Escuchamos el Salmo 24 de Athenas)<https://youtu.be/YTyLx33mB7g>

Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.
Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque Tú eres mi Dios
y mi Salvador.

Acuérdate, Señor,
de tu compasión y de tu amor,
porque son eternos.
Por tu bondad, Señor,
acuérdate de mí según tu fidelidad.

El Señor es bondadoso y recto:
por eso muestra el camino a los extraviados;
Él guía a los humildes
para que obren rectamente
y enseña su camino a los pobres.

Señor mío y Dios mío,
a Ti dirijo mis ruegos porque en Ti confío.
No me hagas pasar vergüenza;
no permitas que mis enemigos
se burlen de mí.

Dios mío, enséñame a vivir
como Tú siempre has querido.
Tú eres mi Dios y Salvador,
y en Ti siempre confío.

Dios mío, por tu amor y tu bondad
acuérdate de mí.
Recuerda que siempre me has mostrado
tu ternura y gran amor;
Por eso olvídate de los pecados
que cometí cuando era joven.

Dios mío, Tú eres bueno
y siempre actúas con justicia.
Enseñas a los pecadores a hacer lo bueno;
enseñas a los humildes
a hacer lo bueno y lo justo.

Tú siempre actúas con amor y fidelidad.
Dios mío, es muy grande mi maldad;
pero te ruego que me perdes.

Tú, Dios mío, te haces amigo
de aquellos que te honran,
y les das a conocer tu Alianza.

Siempre dirijo a Ti mis ojos,
pues sólo Tú puedes librarme de todo peligro.
Mírame, y tenme compasión,
pues estoy solo y afligido.

Mi corazón se va llenando de angustia;
¡quítame la tristeza!
Toma en cuenta que me encuentro
afligido y con problemas;
¡perdona todos mis pecados!

¡Mira cuántos enemigos tengo!
¡Líbrame de ellos!
¡No me hagas pasar vergüenza!
¡No dejes que me maten,
porque en Ti busco refugio!
Porque en Ti he puesto mi confianza.

MUÉSTRAME, SEÑOR, TUS CAMINOS.



Salmo 24